# PLÁCIDOS HORTERAS

## Una revista de refinada incomodidad

*The Siege of Syracuse, (1895) de Thomas Ralph Spence.*

## Número 2:

# LA DEFENSA DE ARQUÍMEDES

# Editorial: La Defensa de Arquímedes

El general Marco Claudio Marcelo contemplaba las murallas de Siracusa desde la cubierta de su nave capitana. Detrás de él, doscientos barcos romanos surcaban las aguas del Mediterráneo, listos para tomar la ciudad más próspera de Sicilia. Era el año 214 antes de Cristo, y Roma no perdonaba a quienes se aliaban con Cartago.

—Será cuestión de días —dijo Marcelo a sus oficiales—. Una ciudad de comerciantes y filósofos no resistirá a las legiones.

Pero en las murallas de Siracusa, un anciano de casi ochenta años trazaba círculos y ángulos en la arena. Arquímedes, el más grande matemático del mundo conocido, había dejado sus tratados sobre esferas y cilindros para convertirse en ingeniero de guerra.

Cuando la flota romana se acercó al puerto, confiada en su superioridad numérica, los defensores descorrieron unas cortinas que cubrían las murallas. Detrás de ellas, hileras de escudos de bronce pulido formaban superficies curvas, todas orientadas hacia el mismo punto en el mar.

—¿Qué demonios...? —murmuró un centurión.

El sol del mediodía se reflejó en aquellos espejos cóncavos. Los rayos convergieron, concentrados como la punta de una lanza invisible. De pronto, las velas de la nave más cercana comenzaron a humear. Luego, estallaron en llamas.

El pánico se apoderó de la flota. Los marineros gritaban mientras el fuego saltaba de barco en barco. Los espejos de Arquímedes seguían su trabajo implacable, guiados por las manos expertas de los defensores que conocían los ángulos exactos calculados por el anciano.

Marcelo ordenó la retirada. Pero cuando los barcos supervivientes se alejaron del alcance de los espejos, encontraron otra sorpresa. Enormes grúas aparecieron sobre las murallas, descendiendo garras de hierro que se aferraban a los cascos. Con poleas y contrapesos diseñados con precisión matemática, las máquinas levantaban las naves enteras, las sacudían en el aire y las dejaban caer, destrozándolas contra las rocas.

Las catapultas de Arquímedes lanzaban piedras tan grandes que hundían barcos con un solo impacto. Tenían un alcance que ningún ingeniero romano podía igualar, porque habían sido calculadas con la geometría del propio creador.

Durante tres años, Siracusa resistió. Tres años en los que Marcelo aprendió a odiar el ingenio de un solo hombre. Cada barco hundido, cada soldado aplastado por las piedras imposibles, cada nave levantada y destrozada era una humillación más. "Un solo anciano", pensaba Marcelo en las noches de insomnio, "ha convertido el poder de Roma en un juguete".

Cuando finalmente la traición abrió las puertas de Siracusa y las legiones entraron en la ciudad, Marcelo reunió a sus oficiales. Su rostro estaba endurecido por años de fracaso.

—Encontrad a Arquímedes —ordenó—. Y matadlo. Que ningún hombre vuelva a usar esa mente contra Roma.
Un soldado veterano, de manos curtidas por mil batallas, atravesó las calles saqueadas hasta encontrar un patio tranquilo. Allí, ajeno al caos, un anciano encorvado trazaba círculos en la arena con un palo. Sus dedos temblaban ligeramente, pero las líneas eran perfectas.
El soldado desenvainó su gladius. El sonido del metal hizo que Arquímedes levantara la cabeza por primera vez. Sus ojos, que habían calculado el universo, reconocieron lo inevitable.
—Haz lo que debas —dijo el anciano con voz tranquila—. Pero no toques mi trabajo.
Y volvió a inclinarse sobre sus círculos, como si el asesino no existiera, como si aquellas líneas en la arena fueran lo único real en el mundo. Su mano trazó una última curva perfecta.
La espada cayó.
Cuando Marcelo entró en el patio horas después y vio el cuerpo tendido sobre las ecuaciones manchadas de sangre, dicen que permaneció largo rato en silencio. Había conquistado Siracusa, había vencido las murallas y las máquinas imposibles. Pero los círculos en la arena ya se borraban con el viento, llevándose secretos que nunca podrían arrancarse a un muerto.
Roma había ganado la ciudad. Pero había perdido algo que ni todas sus legiones podrían recuperar: la mente que había desafiado un imperio con nada más que geometría y espejos.

Estimado lector: ponemos ante usted una selección de los textos que hemos podido encontrar, haga lo que deba hacer, pero po favor ¡no toque nuestro trabajo!

THE LAST HOUR OF ARCHIMEDES.

*Ilustración: The Last Hour of Archimedes - Aertista desconocido*

Si
Rudyard Kipling
(Adaptación: Javier Zanni)

Si puedes mantener tu cabeza cuando todos a tu alrededor,
pierden la suya y te echan la culpa de ello.
Si puedes creer en ti mismo cuando todos te pongan en duda,
pero no les impides la capacidad de dudar.

Si puedes esperar y no cansarte de la espera;
o si, siendo engañado, no respondes con engaños,
o si, siendo odiado, no das cabida al odio
Y aun así no parecer demasiado bueno o demasiado sabio.

Si puedes soñar y no dejar que tus sueños te dominen;
Si puedes pensar y no hacer que tus pensamientos sean tu meta;
Si puedes enfrentarte al triunfo y al fracaso,
y tratar a esos dos impostores de la misma manera.

Si puedes tolerar oír la verdad que ha salido de tus labios,
tergiversada por canallas y convertida en trampa para necios.
O ver las cosas por las que luchaste toda tu vida destruidas,
y agacharte para reconstruirlas con herramientas gastadas.

Si puedes hacer una pila con todas tus ganancias
y arriesgarlo todo a un solo lanzamiento;
y perder, y empezar de nuevo desde el principio
y jamás decir ni una palabra sobre tu pérdida.

Si puedes poner a tu corazón al servicio de la oportunidad,
Aun mucho después de que estas se hayan ido,
y resistir cuando no quede ya nada en ti
excepto la voluntad que te dice: «¡Resiste!»

Si puedes hablar a las multitudes y conservar la virtud,
o caminar junto a los reyes sin perder la sencillez.
Si no pueden herirte tus enemigos ni tus más entrañables amigos.
Si todos pueden contar contigo, pero no demasiado;

Si puedes llenar el implacable minuto
con sesenta segundos provechosos de distancia recorrida
tuya es la tierra, y todo lo que hay en ella
y lo que es más, ¡serás un hombre, hijo mío!

*Ilustración: All Souls' Day, de Jules Bastien-Lepage (1882)*

Los idus del tiempo
Jonás Aquino

El viento del Destino mueve las aspas del abismo
en un molino añejo; añejo como el tiempo mismo.
Su giro es pausado, grave, de una majestad herida,
muele sin pausa ni prisa las simientes de la vida.

No es molino de trigo, ni es harina su provecho;
muele las acciones, los rencores y el despecho.

Muele la insidia lenta, la soberbia vanidosa,
y el infame denario de la traición silenciosa.

El molino de Dios muele tardío, con el viento,
mas no hay impío grano que escape a su molimiento.
Muele despacio, ¡cierto!, pero no por pereza:
el polvo es el Juicio, la implacabilidad su certeza.

¡Oh, impaciente criatura que clamas por su rueda!
¿No ves que en su demora la balanza se arremeda?
Muele el orgullo insano, muele el vil oportunismo…
¡y al final, hasta a la virtud le dará su bautismo!

No deja nada intacto, todo lo reduce a esencia:
la maldad a ceniza, la pureza a inocencia.
Su ruido es el presente, su motor es Eterno,
y su panal de piedra no conoce el invierno.

Así, pues, alma humana, frente al mal no sucumbas:
que en su andar cansino el molino, todo lo derrumba,
llegará la molienda… Y ten seguro que será muy fina,
¡hasta el mármol más duro se hará cándida harina!

*Ilustración: An Allegory: Death and Immortality , Flemish School (1675)*

Me destierro a la memoria
Miguel de Unamuno

Me destierro a la memoria,
voy a vivir del recuerdo.
Buscadme, si me os pierdo,
en el yermo de la historia,

que es enfermedad la vida
y muero viviendo enfermo.
Me voy, pues, me voy al yermo
donde la muerte me olvida.

Y os llevo conmigo, hermanos,
para poblar mi desierto.
Cuando me creáis más muerto
retemblaré en vuestras manos.

Aquí os dejo mi alma-libro,
hombre-mundo verdadero.
Cuando vibres todo entero,
soy yo, lector, que en ti vibro.

*Ilustración: Philosopher in Meditation, de Rembrandt (1632)*

Duelen los huesos
Cecilia Filippi

Poesía de mentirle a mi osamenta
que los años no han pasado sin sentido
escribirte con rimas en mis manos
sólo para transformar el mundo mío.

Y me miento que mis guerras son las mías
que lo malo sólo me ha pasado a mi
abro los ojos y descubro que no solo
me muerdo de perfil.

Abro los ojos y descubro que en el mundo
reina un ciego que es tan vil
que entre mentiras crea un sin sentido
que te ata enseñándote a mentir.

Poesía es decirle a algún niño
que las estrellas lo acarician al dormir
que la luna se hizo luna para ellos
y que una nuez llena de miel va a compartir.

Abro los ojos y descubro que en el barrio
hay niños sin escuela y sin ardid
cuando arden en mis manos las mil tizas
que no pude gastar hoy para ti.

Poesía es el recuerdo que me abraza
cuando me visitan con preguntas a futuro
y desenredamos juntos las respuestas
que el sistema oculta entre susurros.

Es la vida que de justa es tan injusta
que buscando ser feliz se va de bella

buscando amar gasté lo que tenía,
y hoy es hueco el lugar de donde saco
las fuerzas para recomenzar día con día.

Quiero llegar a Venezuela y Palestina
y me quedo anclada viendo mi osamenta
anclada dando trancos sin resolver pasado ni presente
sólo tratando de construir conciencia en mi lugar
hasta que mi pueblo grite, o algo estalle.

*Ilustración: De Aardappeleters, de Vincent van Gogh (1885)*

Gobierno Gaucho:
Estanislao del Campo

Tomé en casa el otro día
tan soberano peludo,
que hasta hoy, caballeros,
dudo si ando mamao todavía.

Carculen cómo sería
la mamada que agarré,
Que, sin más, me afiguré
Que yo era el mesmo Gobierno,
Y más leyes que un infierno
Con la tranca decreté.

Gomitao y trompezando,
Del fogón pasé a la sala,
Con un garrote de tala
Que era mi bastón de mando;
Y medio tartamudiando,
Y con el pelo en la frente,
A causa del aguardiente,
Los ojos medio vidriosos,
Y con los labios babosos,
Hablé del tenor siguiente:

«Paisanos: -dende esta fecha
El contingente concluyo;
Cuide cada uno lo suyo
Que es la cosa más derecha.
No abandone su cosecha

El gaucho que haiga sembrao:
Deje que el que es hacendao
Cuide las vacas que tiene,
Que él es a quien le conviene
Asigurar su ganao».

«Vaya largando terreno,
Sin mosquiar, el ricachón,
Capaz, de puro mamón
De mamar hasta con freno;
Pues no me parece güeno

Sino que, por el contrario,
Es injusto y albitrario
Que tenga media campaña,
Sólo porque tuvo maña
Para hacerse arrendatario».

«Si el pasto nace en el suelo
Es porque Dios lo ordenó,
Que para eso agua les dió
A los ñublados del cielo.
Dejen pues que al caramelo
Le hinquemos todos el diente,
Y no andemos, tristemente,
Sin tener en donde armar

Un rancho, para sestiar
Cuando pica el sol ardiente».

«Mando que dende este instante
Lo casen a uno de balde;
Que envaine el corvo el Alcalde
Y su lista el Comendante;
Que no sea atropellante
El Juez de Paz del Partido;
Que a aquel que lo hallen bebido,
Porque así le dio la gana,
No le meneen catana
Que al fin está divertido».

«Mando, hoy que soy Sueselencia,
Que el que quiera ser pulpero,
Se ha de confesar primero
Para que tenga concencia.
Porque es cierto, a la evidencia,
Que hoy naides tiene confianza

Ni en medida ni en balanza,
Pues todo venden mermao,
Y cuando no es vino aguao
Es yerba con mescolanza».

«Naides tiene que pedir
Pase por otro Partido;
Pues libre el hombre ha nacido
Y ande quiera puede dir.
Y si es razón permitir
Que el pueblero vaya y venga,
Justo es que el gaucho no tenga
Que dar cuenta a donde va,
Sino que con libertá
Vaya a donde le convenga».

A ver si hay una persona
De las que me han escuchao
Que digan que he gobernao
Sin acierto con la mona;
Sáquemen una carona,
De mi mesmísimo cuero,
Sino haría un verdadero
Gobierno, Anastasio el Pollo,
Que hasta mamao es un criollo
Más servicial que un yesquero.

Si no me hubiese empinao
Como me suelo empinar
La limeta, hasta acabar,
Lindo lo habría acertao;
Pues lo que hubiera quedao
Lo mando como un favor

Al mesmo gobernador
Que nos manda en lo presente,
A ver si con mi aguardiente
Nos gobernaba mejor.

*Ilustración: Don Rojas (El Payador), de Cesáreo Bernaldo de Quirós (1885)*

La depravada virtud de los vicios íntegros ajenos
Javier Zanni

Observe a la menguada humanidad,
jactándose de su necia vanidad,
y rindiendo culto a ofuscadas tendencias,
va al cadalso de la concupiscencia.
Véala precipitándose al cataclismo,
pero aún así idiotizada en las pantallas.
Advierta, que ya pelean allí sus batallas,
y el algoritmo la arrebuja en hipnotismo.

Vea usted a aquellos políticos de oficio,
traficando con favores y no con bienes.
Mire cómo ser honrado no conviene
y se transforma en un auto-sacrificio.

Contemple aquellos pobres menesterosos,
arrebatados en la hambruna dominante,
padeciendo la necesidad a cada instante,
herejes involuntarios del abismo piadoso.

Repare ahora en aquellos señores de sotana,
que confunden el hábito con la santidad,
y ya velan la mirada de la humanidad,
dotando la mente de una conciencia lejana.

Note a estos ruines, exiguos miserables,
que acaparan el fruto del sudor ajeno,
y van repartiendo limosnas como veneno,
mientras sus arcas crecen, inefables.

¿Qué sería del algoritmo sin nuestra atención?
¿Qué sería del político sin nuestra elección?
¿Qué sería de la religión sin sus parroquianos?

¿Qué sería del lumpen si le diéramos una mano?
Sí, dejamos de malograr nuestro tiempo en otros,
sí, dejamos de enajenarnos en solares baldíos,
veríamos que el mal nace de nuestros desvaríos,
y que no hay "ellos", porque ellos somos nosotros.

*Ilustración: All is Vanity, de Charles Allan Gilbert, (1892)*

El alma del suburbio
Evaristo Carriego

El gringo musicante ya desafina
en la suave habanera provocadora,
cuando se anuncia a voces, desde la esquina
«el boletín famoso de última hora».

Entre la algarabía del conventillo,
esquivando empujones pasa ligero,
pues trae noticias, uno que otro chiquillo
divulgando las nuevas del pregonero.

En medio de la rueda de los marchantes,
el heraldo gangoso vende sus hojas
donde sangran los sueltos espeluznantes
de las acostumbradas crónicas rojas.

Las comadres del barrio, juntas, comentan
y hacen filosofía sobre el destino
mientras los testarudos hombres intentan
defender al amante que fue asesino.

La cantina desborda de parroquianos,
y como las trucadas van empezarse,
la mugrienta baraja cruje en las manos
que dejaron las copas que han de jugarse.

Contestando las muchas insinuaciones
de los del grupo, el héroe del homicidio
de que fueron culpables las elecciones,
narra sus aventuras en el presidio.

En la calle, la buena gente derrocha
sus guarangos decires más lisonjeros,

porque al compás de un tango, que es «La Morocha»
lucen ágiles cortes dos orilleros.

La tísica de enfrente, que salió al ruido,
tiene toda la dulce melancolía
de aquel verso olvidado, pero querido,
que un payador galante le cantó un día.

La mujer del obrero, sucia y cansada,
remendando la ropa de su muchacho,
piensa, como otras veces, desconsolada,
que tal vez el marido vendrá borracho.

Suenan las diez. No se oye ni un solo grito,
se apagaron las velas en las bohardillas,
y el barrio entero duerme como un bendito
sin negras opresiones de pesadillas.

Devuelven las oscuras calles desiertas
el taconeo tardo de las paseantes,
y dan la sinfonía de las alertas
en su ronda obligada los vigilantes.

Bohemios de rebeldes crías sarnosas,
ladran algunos perros sus serenatas,
que escuchan, tranquilas y desdeñosas,
desde su inaccesible balcón las gatas.

Soñoliento, con cara de taciturno
cruzando lentamente los arrabales,
allí va el gringo ¡Pobre Chopin nocturno
de las costureritas sentimentales!

¡Allá va el gringo! ¡Como bestia paciente
que uncida a un viejo carro de la Harmonía

arrastrase en silencio, pesadamente,
el alma del suburbio, ruda y sombría!

*Ilustración: Street in Montmartre, de Maurice Utrillo (1914)*

Prohibido soñar:
Nestor Abél

En un mundo donde
todo está prohibido,
cabalga un loco
desafiando al destino.

Con su escudo en alto
y el acero encendido,
persigue sus sueños
aunque no esté dormido.

Su corazón aún sangra
y no se encuentra herido;

es sangre de aventura
de un mundo mal herido.

Los letreros prohíben,
ya, entablar batallas,
pero a su alma libre
no la aprisionan murallas.

¿Quién es el que decide
qué es real o sueño?
¿Quién es el que pone
las puertas al viento?

Aunque se alcen gigantes,
En algún valle perdido;
y tinieblas acechen su mente,
él aún sueña, su sueño prohibido.

*Ilustración: Don Quixote, de Gustave Doré (1863)*

Sueña el rey que es rey
Pedro Calderón de la Barca

Sueña el rey que es rey, y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando;
y este aplauso, que recibe
prestado, en el viento escribe,
y en cenizas le convierte
la muerte, ¡desdicha fuerte!
¿Que hay quien intente reinar,
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte?

Sueña el rico en su riqueza,
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende,
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.

Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado,
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida?  Un frenesí.
¿Qué es la vida?  Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño:
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.

Nota: Fragmento de La vida es sueño

*Ilustración: Hunter's dream, de Nicholas Roerich (1916)*

El barril de amontillado
Edgar Allan Poe
Una adaptación de Hernán Casciari (2020)

El conde de Montresor, uno de esos nobles con palacio, decidió vengarse de Fortunato: un millonario que lo había humillado en público unas cuantas veces.
Fortunato era un tipo muy desagradable. Hablaba de todo como si supiera y trataba con crueldad al que opinaba distinto; cuando en verdad su único conocimiento verdadero giraba en torno a los vinos: era bueno catando vinos.

La cosa es que una noche, aprovechando la pasión de Fortunato por los vinos, el Conde le tendió una trampa.

Durante un festejo de Carnaval se encontró a Fortunato vestido de arle-

quín, bastante borracho y celebrando en la calle, y de modo compinche —porque se supone que ambos eran amigos— le dijo que acababa de comprar un barril de amontillado, un vino muy poderoso, y que no estaba seguro de haber hecho una buena inversión.

Para aumentar su interés, el Conde soltó el anzuelo infalible: «Aprovecho que te encuentro, porque si no le iba a pedir consejo a Luchessi…».

Apenas escuchó «Luchessi», Fortunato cayó en la trampa. Le dijo al Conde que Luchessi tenía paladar de lata, que la única persona que podía aconsejarlo bien era él, y que fueran ya mismo al palacio del Conde, para testear el contenido del tonel. Eso hicieron.

Cuando llegaron, la mansión del Conde estaba vacía. Precavido, le había dado asueto a su servidumbre para asegurarse de estar a solas con su enemigo.

Una vez adentro, prendieron dos antorchas y bajaron las escaleras macizas hasta llegar a la bodega. El camino era tan empinado y sombrío que en algún momento lo único que se empezó a escuchar eran los pasos y los cascabeles del sombrero de arlequín de Fortunato.

Después, se escuchó la tos. Fortunato empezó a toser. La humedad empezaba a llenarle los pulmones, pero el Conde volvió a la misma astucia del principio para conservar su interés.

«Si se siente mal» dijo, «subimos y lo llamo a Luchessi».

Pero Fortunato no quería saber nada. Su tos era un detalle estúpido, tan estúpido como Luchessi, así que no había que perder más tiempo y debían seguir hasta el barril de amontillado. El Conde dijo que bueno, mostrando una falsa obediencia. Abrió un vino para calentar la garganta, procuró que Fortunato estuviera más borracho que antes, y lo hizo avanzar por las catacumbas hasta llegar a una cripta profunda donde los muros estaban formados por esqueletos apilados y donde la impureza del

aire enrojecía el fuego de las antorchas.

En lo más apartado de la cripta había otra, menos espaciosa, de la que salían una cadena y un candado.

«Qué criptas enormes», se asombró Fortunato.

«Y sí», dijo el Conde. «Los Montresor fuimos una familia con escudo».

«¿Y cómo era el lema del escudo familiar?».

El Conde estaba por responder, cuando Fortunato lo interrumpió.

«Bueno, qué importa… La humedad no se aguanta. ¿Y el vino?».

Fortunato caminó, ansioso y borracho, hasta el fondo de la cripta. Y fue ahí, con un movimiento rápido, que el Conde lo envolvió con la cadena y puso el candado.

«¿Y el vino?», preguntó Fortunato, desconcertado.

Pero el Conde no respondió. Corrió una montaña de huesos y dejó ver que, debajo, había material de construcción para tapar el nicho. Con destreza y silencio de albañil, el Conde empezó a trabajar. Y a medida que iba subiendo la pared, vio cómo a Fortunato se le iba la borrachera y empezaba a gritar, y escuchó cómo su voz se iba apagando con el paso de las horas.

Cuando le quedaba solo una piedra por poner, sintió que salía del nicho una risa ahogada que le puso los pelos de punta.

«Qué buena broma, amigo», susurró Fortunato, «cómo nos vamos a reír en el palacio, ¿no? ¿Dónde está nuestro barril?».

«Está junto al escudo de mi familia», contestó el Conde. Y entonces le

explicó a Fortunato en qué consistía el escudo: tenía un gran pie humano, de oro, aplastando a una serpiente que le muerde el talón. Y tenía un lema, Nemo me impune lacessit, que en castellano significa «Nadie me ofende impunemente».

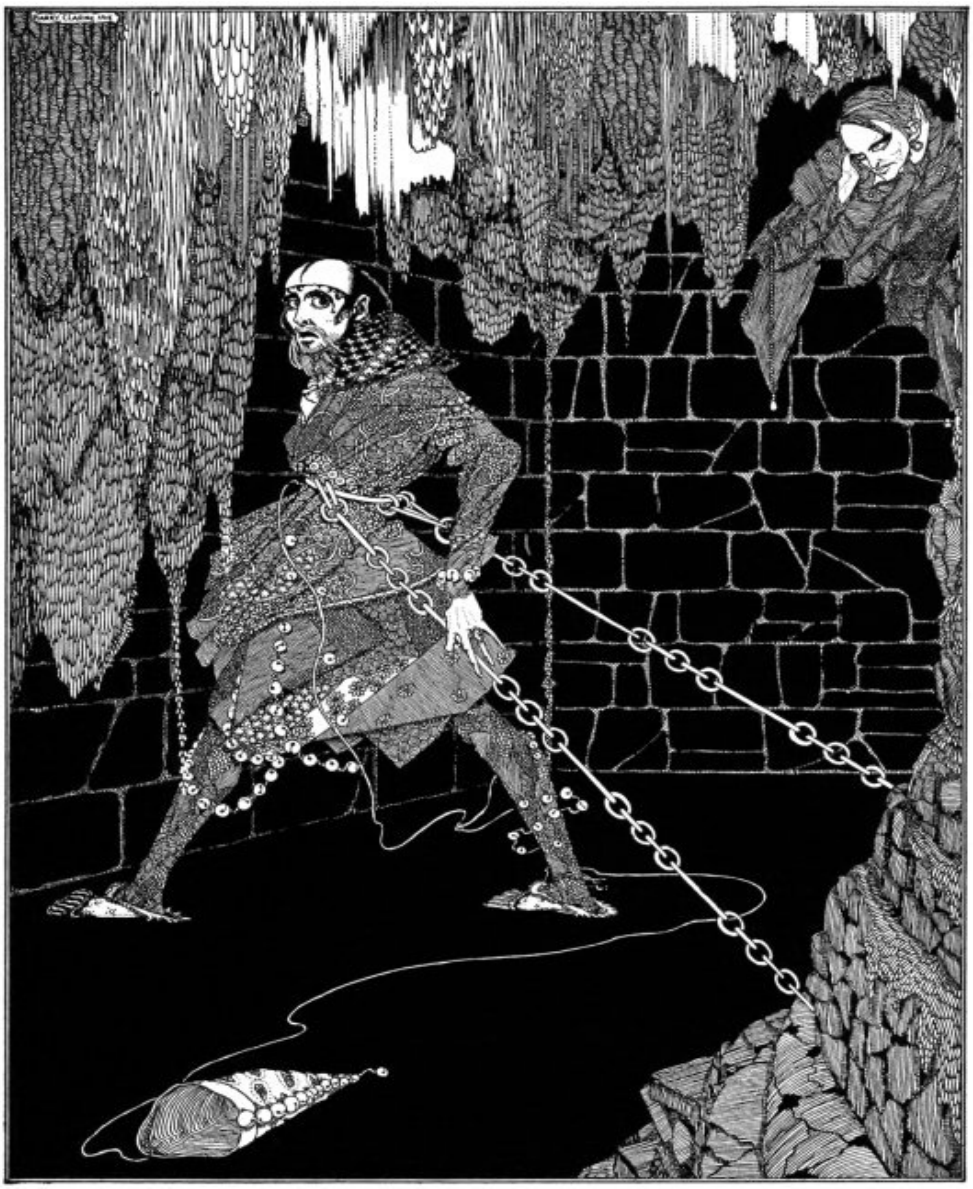


*Ilustración: The Cask of Amontillado, de Harry Clarke (1919)*

Bitácora de Jaspar Collinaus – Entrada 2

En la costa occidental de la península que ellos denominan Anatolia se alzaba una ciudad de muros imponentes. Troya controlaba el paso marítimo entre dos mares, acumulando riqueza y poder durante siglos. Su arquitectura era sólida, su posición estratégica, casi inexpugnable.
El detonante fue el traslado de una mujer. Paris, príncipe troyano, partió como huésped y regresó con Elena, esposa del rey espartano Menelao.

Si hubo rapto, seducción o acuerdo, los registros no lo aclaran. El resultado fue el mismo: una coalición de reinos aqueos cruzó el mar Egeo con una flota considerable.
El asedio duró diez años. Ninguna de las partes logró ventaja decisiva. Aquiles, el combatiente más eficaz del bando aqueo, cayó por una flecha dirigida al único punto vulnerable de su anatomía. Paris tensó el arco. La flecha no erró.
La resolución llegó por ingeniería, no por combate. Los aqueos construyeron una estructura de madera con forma de caballo y la dejaron abandonada frente a las murallas. Los troyanos la introdujeron en la ciudad como trofeo. Durante la noche, los soldados ocultos en su interior abrieron las puertas.
Troya ardió hasta los cimientos.
Los sobrevivientes la atribuyeron a la voluntad de los dioses. Yo solo registro el patrón: diez años de resistencia anulados en una noche por exceso de confianza.
Estos seres parecen destinados a construir maravillas, sólo para destruirlas después.
Fin de la entrada.

*Ilustración: The Course of Empire Destruction, de Thomas Cole (1836)*

Índice

1 · La defensa de Arquímendes
3 · Si
4 · Los idus del tiempo
6 · Me destierro a la memoria
7 . Duelen los huesos
8 · Gobierno gaucho
13 · La depravada virtud de los vicios íntegros ajenos
15 · El alma del suburbio
17 · Prohibido soñar
19 · Sueña el rey que es rey
21. El barril de amontillado
23 . Bitácora de Jaspar Collinaus – Entrada 2

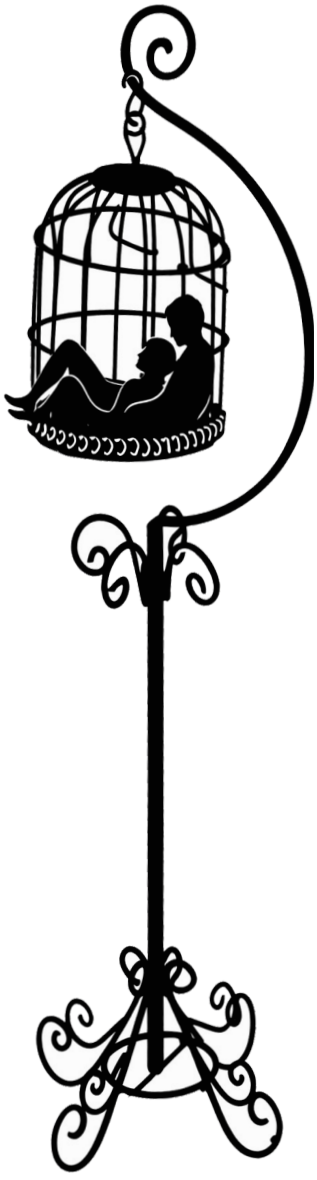
Plácidos Horteras
Web: horteras.carrd.co
Email: placidoshorteras@proton.me
Facebook: facebook.com/PlacidosHorteras
X: @PHorteras

Plácidos Horteras

Editor
Jaspar Collinaus

Colaboradores de este número:
Néstor Abel
Jonás Aquino
Javier Zanni
Cecilia Filippi

Autores clásicos:
Rudyard Kipling (Por: Javier Zanni)
Miguel de Unamuno
Estanislao del Campo
Evaristo Carriego
Pedro Calderón de la Barca
Edgar Allan Poe (por: Hernán Casciari)



Plácidos Horteras · Año I · Nº 2 · Abril de 2026
© Todos los derechos reservados.

Revista peligrosa. Imprímela bajo tu propio riesgo.